

EL ANIVERSARIO

Año tras año oirás las mismas palabras, las mismas blasfemias, los mismos llantos. Los demás ya han olvidado, pero no tu madre. Cuando naciste, tu grito débil y el gigantesco de México, México, México, que llenaba el aire de la ciudad, fue ahogado por el grito de ella. Para tus oídos vírgenes las palabras : criminales, halcones, ejército, presidente, malditos, muertos, no significaban nada. Era el tono de la voz lo que te hacía llorar. Tu primer aniversario fue festejado mostrándote la foto de tu padre, muerto en alguna de las tres culturas, ofrendado al pie de la pirámide con el pecho abierto, quemado por la inquisición de la colonia, ametrallado en la torre apartamental moderna. Eso nunca lo sabrás. Algún mago desapareció el cadáver. Volviste a escuchar las palabras repetidas mil veces sobre tu cuna, como un arrullo. Tampoco las comprendiste pero su sonido ya te era familiar. El primer año nada te faltó, los comités, vecinos, familiares y el partido se preocuparon de que así fuera. Después vino el olvido o el miedo. Tu madre no lo olvida, era la esposa. Más de una vez fue sacada de la casa y regresó cubierta de moretones. Tú no te acuerdas de eso. Quizá recuerdes el abandono y el hambre, después la pobreza, la falta de lo más indispensable, salvo la de tu leche. El pasar de mano en mano, el permanecer en casas extrañas mientras tu madre trabajaba, por último la guardería. Tu segundo aniversario fue festejado encendiendo dos velas, pero no sobre un pastel, sino en la explanada de la gran plaza. Los invitados: dos policías que empujaron a tu madre y que a patadas rompieron las ceras. Así ha sido la celebración de tu aniversario año tras año. Ya no sobre la gran lápida, ahora las velas se encienden en un pequeño altar en la cocina. Las palabras para felicitarte por parte de tu madre son siempre las mismas: jura vengarlo, júralo. Sus mañanitas, la letanía de sus odios y sus penas.

Cuando cumpliste ocho años te diste cuenta que tu padre fue un héroe, un ser que luchó por las buenas causas, para que desapareciera la pobreza, se instalara la justicia, para que todos, hombres mujeres y niños tuvieran voz y voto. Su entrega fue total. Feliz gritaste en tu escuela, con tus amigos y los familiares la nueva. Un héroe mayor que Morelos, Hidalgo y Madero y mucho mayor que Villa, Obregón o Zapata. Tus amigos te preguntaron que dónde estaba la estatua o al menos las estampas con su fotografía. Los adultos se rieron de ti: “qué héroe ni qué héroe, fue un imbécil, quiso

ponerse con Sansón a las patadas, mira que querer que el presidente se humillara, y encima desafiar al mismísimo ejército. A ver, continuaban, quién se acuerda de eso en la actualidad. Sólo algún periódico, con tal de vender sus planas. Te digo que no fue un héroe, fue un imbécil, más que eso, un pendejo que se dejó influir por los rusos.” Terminaban dándote consejos: cuando seas grande procura no parecerte en nada a tu padre. No te metas a redentor de pobres. Son pobres los que quieren serlo. Sólo tu madre sigue recordando y tú ya con ella. Ya puedes describir las grandes concentraciones de gente, la marcha del silencio, los cantos, las pancartas, los títulos adversos de los periódicos y el silencio de la televisión, los gritos, el pañuelo blanco en las manos, los helicópteros, la sangre, los muertos.

Pronto cumplirás diez años, no tienes para qué recordar la fecha, los periódicos te la recordarán. Todos hablarán profusamente de ella y sabrás que ese día naciste. “Hace diez años se celebró en México la más grande y brillante olimpiada del mundo. Gloria a los que la hicieron posible”. Te enterarás lo que fue el sesenta y ocho: iluminaciones, turismo, bellas mujeres, negros levantando el puño, el Tibio Muñoz, el llanto de millones de gentes por el triunfo, jornadas culturales, el abrazo de la fraternidad universal, la paloma símbolo de las olimpiadas, el paseo de nuestra bandera iluminada por reflectores, aplausos, felicitaciones de todos los países.

No, mil veces no, te repetirás. Este no es el mundo que me enseñó mi madre, ella me ha engañado. Las palabras pueden mentir pero no las imágenes. Mi nacimiento no fue en medio de un caos. Nací en medio de la alegría, entre miles de sombreros agitados por la muchedumbre, bailes y cantos en la calle. Lo de mi padre debe haber sido un accidente, lamentable, pero accidente al fin. Odiarás a tu madre por tu amargura de tantos años y por el engaño.

Sólo después, cuando llegues a la madurez, podrán ver hacia atrás, decidir si tu mundo es el que quiso cambiar tu padre o el otro. Entonces podrás escoger. Te vaticino, muy a mi pesar, que repetirás las palabras, blasfemias y llanto de tu madre.

Tomás Urtusástegui

Febrero 2007